

¡Pobres muchachos, a si vivirán contentos!—La madre será la que se reviente. Faltándole las dos hijas y sobre todo Clarita, tendrá que ir á ganar la peseta á los talleres de la Bella Jardinera.

¿No le parece á Ud. que nos vayamos ya á acostar? No dé Ud. crédito á lo que le digan de mí las vecinas ni tampoco les platique que tuvimos esta ligera conversaci6n; á mí no me gusta indagar las vidas ajenas ni hablar de ninguna persona.

Hasta mañana.

—Adios, comadre.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

## LA TRAGEDIA DE LOS FRANCESES.

Ese fué el nombre que le dieron nuestros antepasados á uno de los crímenes más notables que se cometieron en San Luis, durante el siglo XIX.

El sastre francés Mr. Enrique Androis, tenía su taller en la esquina Sur de la acera del Palacio. La finca, aunque ha sufrido varias reformas en sus piezas interiores y en la fachada, conserva todavía en el mismo sitio que tenía en 1837, el zaguán, la pieza á la derecha de éste que era la alcoba del sastre Androis y la tienda ó despacho de la esquina con vista á la plaza principal, habiéndose ampliado últimamente esa tienda con otra pieza que había á su izquierda y que servía de asistencia ó escritorio.

En octubre de 1836, Mr. Enrique Androis, habia admitido como socio industrial á Mr. Juan Waskeman, también de origen francés é hijo de alemán. Los dos eran bien estimados de la sociedad por su honradez é inteligencia en el oficio, y tenían siempre abundante trabajo de las principales personas de San Luis.

El primero, establecido hacia muchos años, poseía alhajas de valor y alguna cantidad regular de dinero, como fruto de sus economías en su dilatado ejercicio. El segundo, que empezaba á trabajar, no tenía todavía ningún capital, bastándole apenas las utilidades que le tocaban para darse un trato medianamente decente.

En la casa marcada hoy con el número 2 de la 1ª calle del 5 de mayo, antigua de la Cruz, vivía en los bajos el sombrerero francés Carlos Nicolás Biet, y en los altos el profesor de instrucción primaria Don Juan Mª Balbontin, quien tenía allí mismo su establecimiento particular.

En la casa que lleva hoy el número 21 de la 6ª calle de Zaragoza, en aquel tiempo tercera de la Merced, había una carpintería de dos franceses de los que uno de ellos se llamaba Domingo N. Larivois. Este y el sombrerero Biet, cultivaban íntima amistad con los sastres referidos, nacida del paisanaje, como generalmente se ve en país extranjero entre los individuos de una misma nacionalidad. Con este motivo el sombrerero y el carpintero visitaban diariamente á los sastres, conocían el estado de sus negocios, los bienes que poseía Androis y el sitio donde los guardaba.

El carpintero Larivois concibió el criminal proyecto de robar al sastre Androis, pero la circunstancia de ser su amigo y paisano se le presentaba como un poderoso obstáculo por los reproches que tendría que sufrir del robado en el momento mismo de la perpetración del delito y porque no podría eludir la acción de los tribunales. Después de un mes de vacilaciones, y firme en su propósito de verificar el robo, creyó que un segundo delito, más atroz, podría librarlo de las quejas amistosas que la víctima pudiera dirigirle y de la persecución de la justicia, y resolvió dar muerte á su amigo Androis. Mas para este doble crimen necesitaba de cómplice ó cómplices que le ayudaran, y se fijó en su socio el carpintero Jorge Arbogast y en el sombrerero Biet, en cuya casa se reunían todas las noches varios franceses á jugar al dominó y á beber ponches. Separadamente invitó á Arbogast y á Biet á que tomaran participio en el proyectado delito, y los dos, sorprendidos é indignados, desecharon la proposición, tomando el primero decidido empeño en procurar que Larivois desistiera de semejante idea. Este se fingió convencido y no volvió á hablar más del asunto á su socio; pero confiando en la docilidad característica de Biet y en la influencia amistosa que sobre él ejercía, insistió con tenacidad en que lo acompañara, hasta que al fin logró su intento.

Puestos ya de acuerdo Larivois y Biet, les ocurrió que el socio industrial del sastre Androis, el joven Waskemen, podría ser perjudicial para la realización de su plan, porque aunque su casa estaba retirada de la sastrería, era pro-

bable que sus sospechas recayeran en ellos porque sabía que conocían el lugar donde Androis guardaba el dinero y alhajas, y con seguridad los denunciaria á las autoridades. Entonces acordaron matar también á Waskemen para verse libres de él y para que su repentina desaparición infundiera sospechas á la justicia de haber sido dicho joven el autor del asesinato y robo.

Para este objeto tomó Larivois en arrendamiento una casa situada en la calle anterior á la plazuela de la Lagunita. Esa calle es hoy 4ª de los Bravo y debe corresponderle el número 4. La plazuela lleva también el mismo nombre.

La casa constaba de tres piezas y gran fondo, un pequeño zaguán y una ventana á la calle con rejas de madera.

El día 20 de octubre de 1837, Larivois y Biet se encerraron en la casa, y en la cocina hicieron una sepultura para enterrar en ella el cadáver de Waskemen. El 22 fué el día señalado, por ser domingo, para el doble homicidio.

Convidaron á Waskemen á comer en la casa de Biet, excitándolo con manjares y vinos fuertes. Se levantaron de la mesa después de las cuatro de la tarde, salieron los tres á pasear por la Calzada de Guadalupe, y durante el paseo invitaron Larivois y Biet á Waskemen á que al anochecer fueran á visitar á unas hermosas muchachas *reservadas* amigas del primero. El joven sastre, impulsado por la edad y por los excitantes que había tomado, aceptó en el acto la invitación; regresaron á la ciudad al empezar á oscurecer, llegaron á la casa de Biet donde tomaron unos ponches y luego salieron dirigiéndose á la casa que tenía rentada Larivois, cerca de la Lagunita, destinada para prólogo del horrendo crimen.

Ese individuo se adelantó á abrir la casa, con pretexto de anunciar á las imaginarias jóvenes mesalinas, la visita de Waskemen; encendió una luz en la cocina y luego se ocultó tras de la puerta del zaguán armado de un grueso palo de mezquite. Entró primero Biet y luego el desgraciado Waskemen, quien al estar ya al alcance de Larivois, recibió un terrible golpe en la cabeza que lo postró en tierra, privado de sus sentidos; de allí lo llevaron arrastrando los dos malhechores, hasta la cocina donde estaba cavada la sepultura, le dieron cuatro puñaladas en el pecho, todas mortales, y enterraron el cadáver. A las siete y me-

dia de la noche habia ya concluido la criminal tarea; lavaron los asesinos la daga que les sirvió para sacrificar al infortunado joven, apagaron la luz y se dirigieron á la casa de Biet, donde con otros franceses jugaron al dominó y tomaron unos ponches, mientras llegaba la hora de consumir el robo y homicidio, tanto tiempo ha premeditado.

El dueño de la sastrería, Mr. Enrique Androis, acostumbraba salir á cenar á la fonda á las ocho de la noche, ó mandaba al criado, que le llevara la cena á su casa. Después que volvía de la fonda ó que le acababan de servir la cena en su habitación, despachaba al mozo y á la recamarera á cenar á una fonda de la calle del Mesón de San Ignacio, donde les pagaba el abono. Esta fué la oportunidad esperada por los asesinos para dirigirse á la sastrería. Luego que calcularon que era llegada la hora de que Androis estuviera solo en la casa, salió primero Larivoir en el momento en que el sastre salía de la fonda que estaba enfrente de la casa de Biet, donde está hoy la peluquería del Buen Tono. Larivoir dejó que se adelantara el sastre, lo vió entrar á su casa y esperó á que los criados salieran y se alejaran, para que éstos no vieran que entraba á la sastrería.

Ya que creyó oportuno, entró, procurando no ser visto por transeúntes conocidos, y saludó como de costumbre á Androis que lo encontró sentado junto á su cama leyendo una carta. El sastre recibió con gran placer á su amigo, enseñándole la carta que tenía en la mano y convidándolo á que tomara con él una copa ó un refresco por el gusto que tenía de haber recibido noticias de su familia residente en Bordeaux. En este momento entró Biet, recibiendo también el sastre con iguales demostraciones de regocijo ó invitándolo á que los acompañara á tomar la copa. Estaba sirviendo las tres, cuando á una señal convenida se arrojó sobre él Biet, sujetándolo fuertemente de la nuca y poniéndole un pañuelo en la boca, á tiempo que Larivoir con la misma daga con que hacía dos horas habia asesinado á Waskemen, le infirió á Androis la primera puñalada en la región del corazón, pasándolo de parte á parte. El infeliz sastre francés cayó como herido por un rayo, y ya tirado en el suelo sobre el tapete de la cama, siguieron los asesinos asestandole terribles puñaladas hasta el número

de diecisiete, la mayor parte mortales, según la opinión del facultativo llamado por la autoridad.

Los asesinos sacaron de la bolsa del pantalón que vestía Androis, la llave del ropero donde éste guardaba el dinero y alhajas, consumaron el robo á su satisfacción, apagaron las luces, y se fueron para la casa de Biet, antes de que regresaran los criados. En ella se pusieron nuevamente á jugar al dominó, procurando disimular ante la esposa de Biet, mujer joven y guapa, la emoción de que iban poseídos.

Los criados de Androis volvieron de cenar, llamándoles la atención que estando el zaguán abierto, estuviera toda la casa en profunda obscuridad. Se asomaron á la alcoba de su amo creyendo que estaría recostado en la cama esperándolos para cerrar, le hablaron, y no obteniendo respuesta, supusieron que estaría en la sastrería ó en el excusado. La recamarera se dirigió á un brasero en el que siempre habia lumbre para calentar agua y las planchas, prendió una pajueta y en ella encendió una vela para ir á arreglar la cama de su amo. Al entrar á la alcoba se presentó á su vista el horrible cuadro. El sastre Androis, tirado en el centro de la pieza en un charco de sangre, y cerca de él, fragmentos de una botella, de un plato y de varias copas de cristal, mezclándose el vino generoso con la sangre de la víctima. La mujer dió un terrible grito de espanto, acudió el mozo y en aquel momento supremo de susto y de dolor, corrieron ambos á participar la fatal desgracia á Biet, como paisano y amigo íntimo de su amo.

El sombrerero estaba todavía acompañado de su cómplice Larivoir jugando al dominó, cuya fingida diversión habian prolongado para observar juntos el descubrimiento del crimen, que lo esperaban naturalmente al regresar los criados de cenar. Estos entraron precipitadamente á la pieza en que se reunian Biet y sus amigos, y dieron á éste y á Larivoir la fatal noticia de estar asesinado el sastre Androis. Los asesinos fingieron levantarse sorprendidos y hasta sin sombreros corrieron á la casa del occiso, cuidando de enviar al mozo á que en el acto diera parte á la autoridad.

El Juez letrado practicó las urgentes diligencias del caso, y como lo habian previsto los asesinos, todas las sospechas del crimen recayeron sobre el joven Waskemen por su repentina desaparición, librando el Juez diversos exhor-

tos en todas direcciones con la filiación del infortunado joven, para que fuera aprehendido donde se le encontrara.

Al siguiente día la averiguación no dió ningún resultado favorable; el Juez ordenó la inhumación del cadáver que se verificó con alguna pompa á las cinco de la tarde, y á cuya ceremonia asistieron, con toda frialdad y entereza, los asesinos. Larivoir se hizo cargo de todos los gastos que para el fúnebre acto se ofrecieron, y pretendió como amigo y paisano, tener intervención en los bienes del finado.

Después del entierro de Mr. Androis, el sombrerero Biet volvió á su casa no pudiendo disimular delante de su esposa la pena y sobresalto que lo afligian. La señora le preguntó la causa de su inquietud y del llanto que derramaba; ella y su preciosa hija, de siete años, abrazaron á Biet, rogándole la primera que no llevara su aflicción por la muerte de su amigo Androis al extremo de contraer una enfermedad. Madre é hija unieron sus lágrimas á las del esposo y padre, y entonces éste, conmovido por aquella tierna escena, declaró á la compañera de su vida que el motivo de su tristeza y desesperación, era que él y el carpintero Larivoir habian asesinado á sus amigos Androis y Waskemen; que Larivoir lo habia inducido á cometer ese crimen instándole diariamente durante más de un mes, á que accediera á acompañarlo; que una noche, trastornado por las copas le habia ofrecido ayudarlo y que aunque después le dijo que no contara con él porque su ofrecimiento se lo habia hecho en estado de embriaguez, Larivoir le exigió el cumplimiento de su palabra y aun llegó á amenazarlo de que vengaría el engaño. Que de cualquier modo se consideraba siempre un miserable criminal, que no podría soportar el recordamiento de conciencia que le atormentaba, y que por lo mismo estaba resuelto á quitarse esa misma noche la vida. Abrazó y besó á su esposa é hija, les dió la bendición y corrió á la recámara á tomar la daga con que la noche anterior habian matado á los sastres para suicidarse con la misma arma.

La señora, dando agudos y terribles gritos, se abalanzó sobre su esposo á impedir que llevara á efecto su desesperada resolución, logrando quitarle la daga entre madre é hija. Biet se dejó caer en una cama dando rienda suelta á su dolor, y la pobre señora, dominada por el aturdimiento, el susto y el peser, echó el cerrojo á la puerta y subió á la

habitación de Don Juan M. Balbontin, á pedir á este señor un consejo sobre lo que debia hacer en aquella aflictiva situación, suplicándole que bajara á ver á su esposo y á hacerlo, que desistiera de la idea del suicidio.

El señor Balbontin dijo á la señora que dejara pasar un rato para que Biet entrara en algún reposo, y que después de cenar bajaria á hablar con él. Dicho señor salió á la calle procurando no ser visto por la familia de Biet, y antes de media hora se presentó en la casa del sombrerero, el Teniente Don Mariano Gordo, ayudante del Gobernador del Departamento (1) Don Ignacio Sepúlveda, al frente de un piquete de soldados á aprehender á Biet, de orden de aquel alto funcionario. Biet pidió á su esposa la daga, buscó cualquiera otra arma, y no encontrándola, subió á la carrera á los corredores y se arrojó de cabeza al patio. El infeliz no logró su propósito de matarse, sólo recibió un fuerte golpe que lo privó de los sentidos algunas horas. En ese estado fué conducido á la prisión, donde se le atendió eficazmente por los facultativos.

Ordenado por el Juez el correspondiente cateo, se encontraron en un baúl, cuya llave traía consigo Biet, la parte de alhajas y dinero que tocaron á éste en el reparto del robo. Simultáneamente se verificó en la misma noche la aprehensión de Larivoir y los demás carpinteros de la calle de la Merced, recogiendo la autoridad las alhajas y dinero en plata y oro que el presunto reo tenia en su habitación. El Tribunal de Justicia dió orden al Juez de Letras de que con toda actividad substanciara el proceso, informando cada seis horas del estado de la causa.

La sociedad potosina se conmovió profundamente por la perpetración de tan atroz delito, y al ser descubiertos los asesinos de un modo que nadie lo esperaba, cuando todos creían que lo habia sido el joven Waskemen, la indignación pública no tuvo limites, la atención general se fijó en la marcha del proceso y los comentarios se renovaban á cada momento, revistiendo al crimen y á sus autores con detalles más ó menos horripilantes, al grado de que en cada círculo y en cada casa se referian verdaderas novelas dignas de figurar entre los mil y un fantasmas de Alejandro Dumas; pero una vez conocidos los pormenores

(1) En 1835 se dió por primera vez á los antiguos Estados, el nombre de Departamentos, bajo el sistema central.

relativos á Biet, no faltaron corazones generosos que compadecieran al infeliz sombrerero, y particularmente á su desgraciada familia.

La causa formada á los asesinos de Androis y Waskemen tiene, entre otras cosas que la colocan en la categoría de célebre, la notable circunstancia de que en siete días se substanció en las tres instancias, sin que hubiera faltado ni una sola de las diligencias establecidas por la ley. Ya se comprenderá que el Juez, y las respectivas Salas del Supremo Tribunal de Justicia, trabajaron sin descanso, habilitando las horas y el día feriado que se atravesó.

Cuando Biet estuvo en estado de declarar, confesó de plano su delito, dijo donde estaba enterrado el cadáver de Waskemen y suplicó que concluyera pronto la causa, porque deseaba morir á la mayor brevedad. Larivoir, no obstante la declaración de Biet y el haberse encontrado en su casa el cuerpo del delito, negó siempre su participación en el crimen.

El Juez de 1.<sup>ra</sup> Instancia sentenció á los reos á la pena de muerte. Biet contestó de conformidad y Larivoir apeló de la sentencia. Esta fué confirmada en segunda y tercera instancias, y los asesinos fueron pasados por las armas el 31 de octubre, á las diez de la mañana, en la banqueta de la casa que habitó el sastre Androis, al frente de la plaza principal.

No se sabe si los bienes del occiso fueron remitidos á su familia ó si vino de Francia algún pariente á recogerlos; pero sí consta que la sociedad de San Luis, generosa y magnánima como siempre, reunió por subscripción la cantidad de setecientos veinte pesos para auxiliar á la viuda é hija de Biet. Entre los contribuyentes, de cuya lista conservo copia, figuró el Gobernador del Departamento, Lic. Don Ignacio Sepúlveda, con cien pesos; el Prefecto de la Capital, Don Francisco de P. Cabrera, con cincuenta; el Magistrado Don Juan Pablo Bermúdez, con treinta; los Licenciados Don Ponciano Arriaga, Don Ramón Adame y Don Mariano Avila, con veinticinco pesos cada uno, y el resto fué donado por propietarios y comerciantes nacionales y extranjeros.

La viuda de Biet, mexicana, llevaba el simpático nombre de *Rosa*. Tuvo vergüenza de seguir viviendo en esta ciudad, y con la suma que la generosidad potosina le reu-

nió, se trasladó á radicarse á una población del Departamento de Veracruz, sin que volviera á saberse más de ella en San Luis.

En el año siguiente (1838) que por primera vez nos trajo Francia la guerra, entre las ridículas é injustas reclamaciones que los diplomáticos franceses hicieron á nuestro Gobierno, figuraron el valor de unos pasteles que los soldados de Santa--Anna se comieron en Tacubaya y las irregularidades que afirmaban había habido en el proceso de los súbditos de su nación, Larivoir y Biet. Esto fué sin duda el motivo para que nuestro Ministro de Relaciones Don Luis G. Cuevas, mandara sacar un testimonio de toda la causa que se formó á los asesinos de Androis y Waskemen.